

# El Antidarwinismo en Canarias: La obra

## *Anti-Darwinism in The Canary Islands: The Writings of Rafael Lorenzo y García (1876-1877)*

Juan Francisco MARTÍN DEL CASTILLO

I.E.S. Mesa y López  
(Las Palmas de Gran Canaria)

Recibido: 16 de septiembre de 2004

Aceptado: 18 de diciembre de 2004

### **Resumen**

Uno de los protagonistas de la polémica darwinista en las Islas Canarias, durante el siglo XIX, fue el abogado y profesor Rafael Lorenzo y García. En el presente, se muestra su original pensamiento, hasta ahora inédito, contrario al darwinismo clásico y muy próximo al fijismo. Además se analizan las constantes filosóficas y naturales de sus *Estudios filosóficos* (1876 y 1877).

*Palabras clave:* Darwinismo, Rafael Lorenzo y García, Islas Canarias, Siglo XIX.

### **Abstract**

One of the protagonists of the darwinist controversy in the Canary Islands (Spain), during the Nineteenth Century, was the advocate and teacher Rafael Lorenzo y García. In this paper, I show his original thought, until now unknown, against the classical darwinism and next to the fixism. Moreover I analyse the philosophical and natural constants in his *Estudios filosóficos* (1876 y 1877).

*Keywords:* Darwinism, Rafael Lorenzo y García, Canary Islands, XIX Century.

## Introducción

En España y, por supuesto, en las Islas Canarias se conoce bastante bien, en un sentido general, el debate suscitado en torno al transformismo y sus iconoclastas ideas naturales y aun filosóficas, alrededor de 1876 y 1877. Tuvo lugar su lugar de difusión en el suelo fragmentado de este rincón del Atlántico, no obstante la relevancia historiográfica sobrepasó la medida insular, dando alcance a las grandes personalidades del mundo científico internacional, con especial significación en los medios publicísticos franceses. Pese a que se trataba en origen de una polémica de corte gacetillero, con profusión de intercambios de pareceres personales y académicos, no por ello desmerece en la calificación y argumentos exhibidos por los individuos intervinientes. De esta corriente audaz, por un lado; como por el otro, reaccionaria y propensa al clericalismo más desfachatado, han informado notables investigadores. Por ejemplo, el ya clásico estudio del profesor Thomas F. Glick, *Darwin en España*, aparecido en 1982<sup>1</sup> –justamente en conmemoración del centenario del óbito del insigne naturalista británico–, dedica buena cantidad de sus páginas a relatar en detalle la discusión acontecida en la provincia canaria. A éste hubo de seguir la monografía de Fernando Estévez González (*Indigenismo, Raza y Evolución*)<sup>2</sup>, que enmarca lo ocurrido en un capítulo más amplio de la interpretación antropológica de la historia canaria.

En cierta manera, la polémica darwinista ha sido aceptablemente entendida en términos historiográficos. Por esta razón, la propuesta del presente trabajo analítico ahonda en unos criterios alternativos, insospechadamente orillados hasta el momento. Se crea o no, la discusión sobre la validez científica, metafísica, moral e incluso social del *Origen de las especies* (1859) ha circulado, tanto en aquel tiempo como en la actualidad, sobre lecturas de segunda mano. Lo del pasado, puede encontrar explicación en la dificultad de asimilar la lección darwinista en la lengua original de los escritos del sabio inglés; de ahí que las voces enfrentadas usen de autores intermedios, de compiladores y seguidores entusiastas que publicaban sus ediciones en francés, mucho más asequible a la formación académica de unos y otros. Además, como lo confiesan en más de una oportunidad, este ardid les nutre o provee de posibles herramientas críticas frente al adversario. No hay, en consecuencia, originalidad en las tesis de fondo. Sin embargo, y aquí persiste un cierto toque inaudito, la historiografía reciente ha ignorado el tenor de las plumas intervinientes en

---

<sup>1</sup> Glick, Thomas F. (1982) *Darwin en España*. Barcelona, Eds. Península, pág. 32 en adelante. El comienzo del debate se puede fechar en los “primeros meses de 1876”, provocado directamente por la edición del primer volumen de los *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* de Gregorio Chil y Naranjo.

<sup>2</sup> Estévez González, Fernando (1987) *Indigenismo, Raza y Evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*. Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura y Museo Etnográfico, capítulo 4.

tan desusado fenómeno en las islas. Me explico: el lector que, ávido de encontrar una exposición fiel de los hechos y lo escrito, busque un texto que aglutine ambas directrices, ha de desistir del empeño. No existe semejante realidad historiográfica o editorial.

Varios autores cruzan la palabra y la ideología, cada uno con su peculiar sensibilidad hacia la temática, con un cúmulo de referencias culturales y políticas que bien hubiera sido acreedor a una reproducción íntegra de los textos más señalados. No obstante, el tiempo ha querido que únicamente se cuente con una lectura *experta* sobre el asunto. Dejo al juicio de la mayoría lo que eso supone de hurto al conocimiento de la memoria histórica de las Canarias en la era contemporánea y me guardo para mí una reflexión de segundo orden, necesaria a los efectos de comprender la parte extensa de esta investigación. El encajar una discusión –o *polémica*, según se quiera– en un tramo mayor del cómputo histórico, por evidente y justificado que sea, no debería significar la reducción de la aventura intelectual, emprendida por aquellos *ilustrados* canarios del siglo XIX, a mero cliché. Y esto, precisa y desgraciadamente, es lo que ha venido sucediendo en la historiografía regional casi hasta el hartazgo.

Mi propósito es dignificar la autoría de la obra, postergando el tono desafiante y polemista de sobra conocido; ubicándola en los parámetros de la personalidad individual, comprendiéndola en sus líneas de argumentación y, en suma, mostrándola en su completo desarrollo. Decir que Rafael Lorenzo y García es antitransformista y anticlerical se tiene por verdadera evidencia de la historia intelectual isleña, pero ¿qué es ser contrario a la transformación de las especies en Lorenzo? ¿Qué significa empero la expresión “triumfo de las ciencias”, tan acariciada por el abogado en su pensamiento? ¿Y qué relación mantiene el progreso científico con la libertad y su declarada animadversión al fuero clerical? Cuestiones como éstas, cual más cual menos, son el nutriente básico de la investigación realizada. La naturaleza de los estudios anteriormente citados, con sus notables aciertos de calibración historiográfica, huye de la respuesta a estos interrogantes.

Ojalá la apuesta hermenéutica, en un sentido amplio, halle hueco propicio en la reciente generación de intérpretes de los textos de índole intelectual editados en las Islas Canarias. De su concurso depende la renovación de los supuestos básicos de la terminología histórica empleada, abusivamente a veces, en los manuales escolares y universitarios.

## 1. El Antidarwinismo de Rafael Lorenzo y García

Hay una fuente histórica indirecta sobre la personalidad de Rafael Lorenzo. Se trata del volumen *Vida ajenas* (1888), debido al prurito recopilador de Isaac de

Viera y Viera<sup>3</sup>, que contiene anécdotas y mil y una informaciones acerca de muchos personajes que fueron contemporáneos a su existencia. El valor del grueso de las viñetas de Viera se ha vuelto inestimable; sin embargo, hoy en día la bibliografía surge de múltiples noticias al investigador avisado. Lo que nos ocupa, en este punto, es atisbar la inquietud primaria que alimenta el espíritu de Lorenzo. De él proclama con serena rotundidad: “como literato, como orador y abogado es muy conocido en estas islas”<sup>4</sup>. Le faltó decir, como contrapunto a tan magnífica estampa, que era diligente y activo docente de *Lógica, Psicología y Ética*<sup>5</sup>. De formación erudita, de horizontes ilimitados en lo intelectual, no resiste la oportunidad de manifestar su opinión sobre los asuntos más candentes al tiempo que le tocó en fortuna.

Baltasar Champsaur Sicilia, interviniente también en la polémica, en el bando transformista<sup>6</sup>, décadas más adelante reconocerá la furia y brillantez del pensamiento de Lorenzo a través de las páginas introductorias de su *Transformismo* (1928)<sup>7</sup>. Aunque en posiciones contrarias, Champsaur supo captar la fibra íntima del individuo, tanto la de éste como la de otros (como Chil y Naranjo), pero, en lo concerniente a Lorenzo, alcanza a ver la perentoria implicación de su pluma en el debate. No fue superflua o ditirámica –queremos decir al fin– la participación de Rafael Lorenzo en el tráfigo discursivo.

## 2. Conceptos básicos de la obra

Rafael Lorenzo y García conoció, por primera vez, la luz del día el 19 de agosto de 1821, en la capital grancanaria<sup>8</sup>. Por lo tanto, cuando en 1876 publica el folleto *Estudios filosóficos sobre la especificación de los seres*<sup>9</sup>, cuenta con 55 años de edad. Así, pues, en plena madurez física e intelectual, sin necesidad por otra parte

---

<sup>3</sup> Viera y Viera, Isaac (1888) *Vidas ajenas*. Santa Cruz de Tenerife, Imprenta Isleña de Hijos de Francisco C. Hernández (prólogo de Patricio Estévez). Sobre Rafael Lorenzo y García, pp. 63-64.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 63.

<sup>5</sup> Cfr. Martín del Castillo, Juan Francisco (2000) “Profesores de lógica en Canarias (1870-1911)”. *Anales de Pedagogía* (Universidad de Murcia), 18, pp. 273-284.

<sup>6</sup> Glick (1982), pp. 34-35. (Por otra parte, no deja de producir extrañeza encontrar, en el texto de la breve monografía del estadounidense, la ignorancia o confusión de la situación profesional del pedagogo y literato Champsaur, al que llega a adjudicar la condición de “jurista”, expresamente en la página 99).

<sup>7</sup> Champsaur Sicilia, Baltasar (1928) *Transformismo*. Las Palmas, Imprenta Miranda, pág. XI: “Aquel núcleo de inteligencias fuertes y libres que se llamaron D. Agustín Millares, D. Gregorio Chil, D. Rafael Lorenzo, D. Pablo Padilla, krausista, y otros más, contribuyó valerosamente a abrir la inteligencia y a robustecer el pensamiento libre apenas balbuceante todavía”.

<sup>8</sup> Viera y Viera (1888), pág. 63.

<sup>9</sup> Lorenzo y García, Rafael (1876) *Estudios filosóficos sobre la especificación de los seres*. Las Palmas, Imp. de la Viuda de Romero e Hijos, 56 pp. + Índice.

de hacerse notar con el fin de obtener el agrado de un posible benefactor, cosa asaz practicada en la época. Sin embargo, no se pretende enjuiciar la moralidad de su compromiso sino la vertebración de sus ideas de partida.

Aunque la simiente de la obra de Lorenzo se halla en la edición de 1876, es en la de 1877<sup>10</sup> donde se contemplan criterios y conceptos fundamentales al pensamiento original del autor. La monografía *Estudios filosóficos sobre el origen y formación de los seres vivientes* repite una enorme cantidad de supuestos comunes al opúsculo de 1876, pero, y aquí está la novedad, Lorenzo cumple con una de sus costumbres profesoras, de las buenas por cierto: plasmar las definiciones de los términos empleados *ab initio* al objeto de disipar potenciales dudas en el lector del folleto. Esta rareza, en comparación con el uso de otras autorías, consigue que entendamos, no ya la limpieza del intelecto, sino la hondura que desea descubrir y, desde luego, la seriedad de su propuesta.

Ajenos, en su consecuencia, a los vaivenes de la polémica –aunque, en última instancia, la fortifican–, los conceptos nucleares de Rafael Lorenzo parecen transparentes en su enunciación particular, mas evidencian una profunda convicción ganada al tiempo y a la vida. Aparte, dan muestra de una carga ideofilosófica bastante pronunciada, fermento a la par que producto de insaciables lecturas. En la realidad, son cuatro términos cruciales, de indudable valor epistemológico: *Fe*, *Razón*, *Experiencia* y *Ciencia*. Cuatro esquinas que delimitan el campo investigativo recurrente en Lorenzo.

La fe, por ser la primera en asomar a las páginas de los *Estudios* (1877), tiene una importancia decisiva. Pero no sólo por eso; además el fideísmo recalitrante choca con las tesis del declarado cientifista. A su modo de ver, la fe “es el asentimiento á ciertos hechos cuya posibilidad es admisible, pero cuya realidad no se halla garantida suficientemente sino por la conciencia individual”<sup>11</sup>. Esto es, la creencia dogmática se solidifica en el subjetivismo gnoseológico, por cuanto desaprueba cualquier refutación centrada en los hechos de la vivencia real. Devuelve así Lorenzo el argumento fideísta a sus cuarteles de invierno: la fe recrea una imagen del individuo sobre el propio individuo, un espejo del conocimiento. En gran parte de su diatriba con el editorial de *El Gólgota*, de inspiración clerical, planea esta primaria definición. Rehuye de la arbitrariedad, del prejuicio, de la convicción heredada, del principio de autoridad en suma, que ahogan la reflexión racional y neutra sobre los hechos.

La segunda clave vuelve de nuevo sobre el individuo, aunque de otra manera. La razón es la “fuerza intelectual con que al Ser Supremo plugo elevar al hombre sobre los demás animales”<sup>12</sup>. Si, en lo anterior, cancelaba el tránsito por el vado

<sup>10</sup> Lorenzo y García, Rafael (1877) *Estudios filosóficos sobre el origen y formación de los seres vivientes*. Las Palmas, Imp. de la Verdad, 142 pp. + Índice.

<sup>11</sup> *Estudios* (1877), pág. 2.

<sup>12</sup> *Estudios* (1877), pág. 5.

fideísta, ahora reclama para la individualidad una fuente de explicación. No obstante, lo hace desde la consagración del principio deífico, insobornable a su pensamiento. Deja en certidumbre que Dios y Razón son más que compatibles, necesarios para la conquista última de la realidad. De estos dos términos esenciales, cúmplese una dicotomía en un nivel cognoscitivo. A saber, la Razón gobierna el conocimiento de lo enteramente real y la Fe, por su parte, rige la aprehensión de lo potencialmente existente. Como es natural, los siguientes términos en discordia ahondan en semejante brecha filosófica y científica.

La experiencia sería “el medio de poner en íntima relación á la misma inteligencia humana con los objetos cognoscibles, con los seres del Universo”<sup>13</sup>. *Razón y Experiencia* van unidas de la mano, exonerando a la ciencia (y se entiende que también a la filosofía) de funestos desencuentros. La experiencia vale en cuanto instrumento de la racionalidad para lograr vertebrar un juicio, una teoría o un sistema. No obstante, hay una nota discordante en el personalísimo *cientifismo* de Lorenzo: la negativa a la extensión ingenua del proceder inductivo o analógico. No se cansa en amontonar argumentos en tal dirección –teniendo como *leitmotiv* el darwinismo o la “especificación de los seres”–, demostrando una vez más, si cabe, que brega por definir un pensamiento propio.

Salta a la vista que es acendrado cientifista<sup>14</sup> pero a *su* modo. Lejos de concebir un culto a los hechos puros y neutros, a la manera de Comte, bulle en discernir que aquéllos poco pueden ser sin la dirección de un sistema de naturaleza racional. De ahí que la *Ciencia* se entienda como sistemática:

Y siendo resultados de la razón y de la experiencia los conocimientos que los hombres adquieren de las cosas, conocimientos que, reducidos á sistema, forman lo que se llama *ciencia*<sup>15</sup>.

En la fortuna de Lorenzo cabe considerar que el armazón casi completo de su obra, referida especialmente al transformismo, se fundamenta en los cuatro pilares descritos. Bueno es saberlo de antemano porque, en lo profundo de la escritura, brillan tales suposiciones. En otro orden, la generación del caudal crítico e informativo del autor toma por origen los conceptos explicados, convirtiéndose en incuestionable exordio de los *Estudios*.

---

<sup>13</sup> *Estudios* (1877), pág. 5.

<sup>14</sup> A lo largo del texto, se repiten las expresiones en ese sentido, como, por ejemplo, “Véase de esta manera que desde 1856 comienza á reconocerse el triunfo de la *ciencia*” (*Estudios*, 1877, pág. 60).

<sup>15</sup> *Estudios* (1877), pág. 5.

### 3. Las tesis antitransformistas de Lorenzo: Los “errores de Darwin”

El pensamiento biológico de Rafael Lorenzo y García es claro y aparta de sí cualquier idea que no contribuya al fin preciso de administrar la crítica efectiva al transformismo. En una segunda perspectiva, se permite proponer un ideario alternativo, empero de modo conciso y modesto. Sobre esto último debe hacerse un comentario más extenso.

La época de Lorenzo es muy distinta a la actual en muchos sentidos. El que nos importa recordar es la libertad de opinión en relación a los asuntos más variados, quedaran al alcance profesional o no del autor. Se podría dictaminar que es un tiempo de la inocencia y el librepensamiento, lo que contrasta abiertamente con nuestros días, y de manera singular en el primer aspecto. Gobierna en esta etapa histórica la especialización por áreas y líbrese aquel que pretendiese una furtiva incursión en los temas ajenos a su actividad de desempeño. No obstante, ya decimos, Lorenzo vivió otra realidad, diferente si se quiere, pero con esta nota que advierte de una naturalidad proverbial en el enfrentamiento de las problemáticas generales. Buscando el componente intencional de la empresa de Lorenzo, quizá diríamos –si caemos en la tentación malévola– que fue muy audaz el abogado en su encuentro con las tesis de los sabios extranjeros, acreditados por publicaciones internacional y, específicamente, por el trabajo de campo verificado. Ni lo uno ni, por supuesto, lo otro se halla en el currículo de Lorenzo y García. Entonces, ¿a qué tanta osadía intelectual y científica? La respuesta quedó esbozada en las páginas dejadas atrás, pero lo que sí resulta gratificante es que el pulso sostenido no descalifica en absoluto la personalidad o la breve obra del grancanario.

Si bien es verdad que, por aquellos años, cualquiera exponía su criterio sobre el darwinismo<sup>16</sup>, tampoco es menos cierto que lo argüido no rebasaba las líneas de un artículo periodístico. La aventura de Lorenzo supera en ambición al resto de sus compañeros de polémica. Alza la voz para atacar el transformismo de Buffon y Darwin aunque también para defender la libertad de expresión, la ciencia y el progreso<sup>17</sup>. La ausencia de pudor al hombrearse con los grandes genios de su época no supone, en tal tesitura, excesivo o desmedido orgullo personal sino la pronta comprensión de que lo que está en juego no es únicamente el contenido científico.

Resulta prueba evidente de este entendimiento radical de la cuestión transformista la siguiente descripción de los bandos en disputa:

---

<sup>16</sup> Cfr. Núñez, Diego (ed.) (1977) *El darwinismo en España*. Madrid, Ed. Castalia, pág. 14 y ss. (Por otra parte, no hay referencia alguna, bibliográfica o personal, en esta antología de textos a la polémica sobre la obra de Darwin en las Islas Canarias).

<sup>17</sup> *Ibíd.*, pág. 22: “La mayoría de los científicos que intervienen en los debates sobre el darwinismo suelen dedicar gran parte de sus discursos a reclamar la libertad de pensamiento como base indispensable para el desarrollo científico, en cuanto perfectamente conscientes de que tras la cuestión darwinista lo que en rigor se discutía eran los principios mismos de la modernidad”.

Dos tendencias, diametralmente opuestas, pugnan en el presente siglo: vése, por una parte, á los teólogos haciendo grandes esfuerzos para detener la ciencia en su progresiva marcha, por cierto temor de que los nuevos descubrimientos puedan contrariar la letra de las Santas Escrituras; y obsérvase, por otra parte, que varios naturalistas, médicos y filósofos, imbuidos en un exagerado positivismo ó desviados de toda idea teleológica, pretenden formar inducciones para comprobar sus teorías preconcebidas, sin poseer los datos necesarios al efecto, ó apoyándose en hechos con los cuales no se puede obtener el resultado que los mismos pensadores se proponen. Tal es el estado de la presente sociedad, que se ve impulsado por dos fuerzas enteramente antitéticas.<sup>18</sup>

En fin, Lorenzo aprecia que su labor expositiva debe discurrir por el desfiladero de la dialéctica, camino para el cual está de sobra provisto del instrumental requerido. La condición de docente de lógica, a lo que se añade la vívida experiencia del foro, le prepara para semejante eventualidad. Además, la última pretensión es asegurar el libre intercambio de ideas y pareceres, imagen real de la verdadera ciencia para él, que rompe las barreras de cualquier índole presentes a su paso: “no es posible poner límites á la ciencia”<sup>19</sup>, sentencia no sin apasionamiento.

Vista la división científica, Lorenzo detecta tres *errores* en el ideal transformista de los seguidores de Darwin. El primero es la indebida inducción practicada en los hechos aportados por los naturalistas. Un segundo aborda la pretendida selección de especies (*especificación*) y, el tercero, tiene como centro de reflexión la lucha por la vida.

#### 4. Primer error de Darwin: la inducción

Este supuesto desatino darwinista todavía tiene amplio eco entre los creacionistas, incluso en los tiempos más recientes. Realmente, es muy difícil –por no decir casi imposible– demostrar el transformismo de Darwin en un laboratorio. Sería una hazaña nada despreciable, desde luego. Esta debilidad, una vez conocida, fue muy empleada por los adversarios de la escuela darwinista precisamente en su contra. En el alegato de Lorenzo, la quiebra se fundamenta en la ausencia de una procesión de datos que justifique, con todas sus consecuencias, la enunciación de una ley inductiva:

Así ha sucedido y sucede respecto á varios fisiologistas y zoólogos, quienes, precipitando sus inducciones sin los datos indispensables, se lanzan á sostener tesis que la *crítica filosófica* rechaza. Compréndese entre las tesis á que aludimos la de la *transformación de las especies*, en que se establece como un hecho (que no atestigua la experien-

---

<sup>18</sup> *Estudios* (1876), pp. 3-4.

<sup>19</sup> *Estudios* (1876), pág. 4.



cia) el de las sucesivas variaciones de los seres vivientes, pasando de las especies inferiores á las superiores, hasta llegar á la forma humana, como síntesis de la animalidad.<sup>20</sup>

Astutamente, descubre la inexistencia de informes naturales acerca de la continua evolución de la vida sobre la Tierra, al menos en los términos darwinistas. En los mismos *Estudios* (1876), concreta el fallo en el proceso inductivo.

A nuestro modo de ver, los extravíos en que han incurrido los zoólogos á que aludimos, dependen principalmente de haber confundido la inducción con la analogía. De la semejanza de ciertos embriones, durante su desarrollo intrauterino, de la existencia de ciertos órganos comunes al hombre y á otros animales, se ha querido inferir que las especies han ido transformándose sucesivamente. Mas la semejanza, la analogía, por grande que sea, no puede inducir á la necesidad de la transformación de las especies.<sup>21</sup>

La analogía, fortísimamente criticada por Lorenzo, no es originaria de Darwin, sino de uno de sus preclaros epígonos, el catedrático de Jena, Ernst Haeckel (1834-1919). Estas cosas ocurren cuando no se dispone a mano del *Origen de las especies*, y se confunde lo propio con lo extraño<sup>22</sup>. Sin embargo, tal suerte de lecturas no empece el argumento principal de Lorenzo, relativo a la carencia de una inducción llevada a cabo en las condiciones objetivamente precisas. En palabras sencillas, “resulta que esos datos, que se aducen por los Darwinistas, son realmente equívocos”<sup>23</sup>. Además, el furor criticista del autor se dirige a un conjunto de personas, casi en su totalidad científicos de renombre, más que a una obra o a un sabio en concreto.

## 5. Segundo error de Darwin: la selección de las especies

Si la revisada fue una argumentación de tipo lógico, la que ahora exhibe Lorenzo y García ataca directamente al meollo de la tesis transformista. Espolea la piedra angular del edificio construido por los evolucionistas en un par de siglos de la humanidad: el cambio como fuente de generación biológica de nuevas especies a partir de las anteriores. No obstante, antes define lo que para su persona es el Darwinismo:

---

<sup>20</sup> *Estudios* (1876), pág. 5.

<sup>21</sup> *Estudios* (1876), pág. 7.

<sup>22</sup> En la nota 1 de la página 31 de los *Estudios* (1876), Lorenzo confirma lo ya intuido por el lector: “No teniendo á nuestra disposición las obras de este naturalista [Darwin]”, se fía del compendio realizado por Omboni, reproducido en un tratado de Le Hon.

<sup>23</sup> *Estudios* (1876), pág. 6.

Esta escuela, que generalmente se llama Darwinismo, aunque data de anterior tiempo, pretende sacar de las modificaciones que experimentan las especies por efecto de los climas, alimentos, selección, etc., lo mismo que de ciertos órganos que se encuentran en el hombre, igualmente que en otros animales, aunque atrofiados en aquel, varios argumentos en favor de las transformaciones de las mismas especies.<sup>24</sup>

Tanta insistencia en aclarar que la idea evolucionista es poseedora de una larga historia tiene una explicación. En los *Estudios filosóficos sobre el origen y formación de los seres vivientes* (1877), aunque ya había realizado algo parecido en la obra previa, fija su criterio al respecto, que se encauza hacia una determinada responsabilidad literaria: “puede muy bien decirse que el transformismo comenzó en Maillet”<sup>25</sup>. El motivo de anclar el germen evolucionista en el siglo XVIII, para Lorenzo, viene fundamentado en el deseo de desacreditar la supuesta novedad de las publicaciones emprendidas por los publicistas coetáneos. No tiene la intención de desprestigiar el renombre de la escuela en conjunto, sino la de dar proporción justa a las ediciones de su propio siglo. Amén de sostener un decidido pulso con aquellos otros, ya en tierra canaria, que se arrojan arbitrariamente argumentos establecidos de antemano. De todas maneras, y en un comentario aparte, muestra Lorenzo un correcto conocimiento de los entresijos históricos del transformismo en su lucha con el fijismo natural<sup>26</sup>.

La obra de Benoît de Maillet (1656-1738), un cosmólogo teórico de origen francés, fue indudablemente un capítulo más de la incipiente emergencia de la idea evolutiva en el mundo biológico, pero, de ahí a entronarlo como el autor primario e indiscutible del transformismo, hay un largo trecho. Como dice Milner, “sus nociones de evolución eran primarias”<sup>27</sup>, teñidas de suposiciones no muy distantes a lo estrambótico. Sin embargo, *Telliamed: Or Discourses Between an Indian Philosopher and a French Missionary...* (1759, edición inglesa) fue un texto muy distribuido en los finales del Siglo de la Razón, toda vez que alcanzó la impresión en varios países.

Así, pues, queda diáfano el sesgo de las afirmaciones de Lorenzo: desmentir la radical novedad u originalidad del transformismo. Dicho lo cual, acomete la crítica y no menor denuncia del segundo “error de Darwin”. Comienza por explicitar el significado del vocablo “especie”, puesto que emplea uno propio y no el divulgado por los darwinistas: “cada especie constituye la exhibición de una idea, pues se revela en ella un pensamiento”<sup>28</sup>. Y aquí sienta una *forma mentis* que va, paulati-

<sup>24</sup> *Estudios* (1876), pp. 5-6.

<sup>25</sup> *Estudios* (1877), pág. 64.

<sup>26</sup> Una actualizada revisión histórica del proceso se encuentra en RICHARDS, Robert J. (1998) *El significado de la evolución. La construcción morfológica y la reconstrucción ideológica de la teoría de Darwin*. Madrid, Alianza Ed., capítulo 4.

<sup>27</sup> MILNER, Richard (1995) *Diccionario de la Evolución*. Barcelona, Bibliograf, pág. 423.

<sup>28</sup> *Estudios* (1876), pág. 19.

namente, alejándole de los puertos transformistas. En el *Origen de las especies* de Charles R. Darwin se da un salto cualitativo en la historiografía temática al desembrazarse del principio providencialista en el progreso evolutivo –ni siquiera recurrir al deísmo de los autores del siglo anterior–, y, por lo tanto, excluye una intervención extraevolutiva en el desarrollo de las especies. Es decir, no existirá el *plan divino* en la terminología darwinista en sentido estricto.

Opuestamente, Lorenzo aboga por la presencia del Sumo Hacedor en la conformación de los seres vivos:

Para nosotros, que tenemos en consideración los últimos trabajos de Flourens, por los cuales se adquiere la convicción de que la fecundidad continua determina la especie, y que ésta se perpetúa, a menos que un cataclismo ú otra causa análoga llegue á destruir todos esos individuos, el carácter específico es constante é indeleble, como un modo de manifestación de la Esencia divina.<sup>29</sup>

Por supuesto, el alegato antiselectivo traduce en sentencias el axioma decretado. En recta lógica, en los *Estudios filosóficos sobre la especificación de los seres* (1876) sólo se concluye la argumentación principiada: “Y, siendo las especies verdaderas formas típicas, ¿podrán variar transformándose, para constituir otras distintas? Ya hemos visto que, ligando individuos de diversas especies, la procreación es limitada á un cierto número de generaciones; que si bien se obtienen seres híbridos, que parecen ser intermedios, éstos no se reproducen indefinidamente; y *por lo tanto no pueden constituir nuevas especies*”<sup>30</sup>. El platonismo de Lorenzo es inconcebible para un darwinista clásico y, en correspondencia, la inexistencia de un factor primigenio determinante en la configuración de las especies le resulta angustioso al ensayista grancanario.

En un segundo texto, se atreve a aceptar la modificación en los seres vivos, si bien jamás el cambio específico:

No hay duda: por la elección de los individuos generadores se consigue modificar las especies, pero no variarlas en su esencia. Las especies continúan las mismas, toda vez que sus individuos procrean de un modo indefinido.<sup>31</sup>

Se hace referencia a la artificialidad de la combinación de variedades –mejor que especies– de animales de un mismo *fillum* linneano, experiencia que Darwin recoge en el *Origen de las especies*. Para este último, ello obra como prueba cierta del proceder de la selección natural, no obstante en Lorenzo supone todo lo con-

<sup>29</sup> *Estudios* (1876), pp. 18-19.

<sup>30</sup> *Estudios* (1876), pp. 20-21, cursiva nuestra.

<sup>31</sup> *Estudios* (1876), pp. 30-31.

trario. En su pensamiento fijista, admitir la sola posibilidad de un cambio en la generación sería la claudicación al materialismo imperante en la ciencia biológica del fines del siglo XIX. En suma, Rafael Lorenzo y García es refractario a la exclusión del factor deífico en la Naturaleza y termina por abrazar la realidad próxima:

La teoría de la transformación de las especies carece de datos verdaderamente científicos para sostener su tesis.<sup>32</sup>

Antes de abordar la tercera falla del darwinismo, según los *Estudios* (1876), merece hacer un alto para cotejar las lecturas vertidas por el autor en aquéllos. Han aparecido, a lo largo de lo analizado, varios individuos importantes en la época, aunque sin el suficiente examen interpretativo. Uno de ellos, recién nombrado, es Marie-Jean-Pierre Flourens (1794-1867), insigne fisiólogo y frenólogo cuando el reticularismo cerebral era el paradigma en la ciencia neurológica, que es al menos citado por Lorenzo en cinco ocasiones en los *Estudios filosóficos sobre la especificación de los seres*. La importancia de este científico viene consolidada en la obra del canario y suele echar mano de su *Psicología comparada*<sup>33</sup> (París, 2ª edición de 1864) para reforzar las hipótesis que desea demostrar con certeza plena. Sin embargo, el ensayista omite cualquier alusión explícita a un libro de Flourens que, prontamente, convirtiéndose en punto de discusión entre partidarios y adversarios del dicho darwinista. El *Examen du livre de M. Darwin sur l'origine des espèces* (1864) figura entre los más destacados estudios críticos de la emblemática producción del naturalista británico y además en un tiempo relativamente cercano a la edición original del *Origen de las especies*, el que pasó a denominarse *annus mirabilis* (1859) por la historiografía anglosajona. Quizá, porque no estamos en condiciones de certificar otra cosa, no dispuso Lorenzo del volumen en las fechas de la elaboración de los *Estudios*, tanto de 1876 como de 1877.

Con todo, la recurrencia a autores galos –o, más claramente, a ediciones provenientes del país vecino– es una constante en el pensamiento y en la obra de Lorenzo. Dado que no alcanza a dominar la lengua de ingleses o alemanes, se sirve de las fuentes secundarias que no presentan problemas a su entendimiento. De esta manera, también accede a lo escrito por Jean-Louis Agassiz (1807-1873) (*De la especie y de la clasificación en zoología*, traducción francesa de M. Félix Vogeli, París, 1869), Carl Gustav Carus (*Tratado de Anatomía Comparada*, trad. francesa de M. Jourdan, París, 1835) o Ernst Haeckel (*Historia de la creación de los seres organizados según las leyes naturales*, trad. francesa del Dr. Ch. Letorneau, París, 1874). Por supuesto, el sistema de cita científica no es el mismo que en la actualidad, pero

---

<sup>32</sup> *Estudios* (1876), pág. 24.

<sup>33</sup> Los títulos, de este autor y otros posteriores, serán reseñados en la forma que lo hace Lorenzo y García, normalmente en español, aunque el original sea francés.

ya se esmera el autor en dejar presentes las deudas contraídas con plumas ajenas.

La bibliografía, así constituida, da motivos para mantener el toque erudito de Lorenzo, no menos que avala su expreso anhelo de atraer para sí el caudal de información disponible en el momento. Esta actualización es de todo punto meritoria y concilia la producción ensayística canaria con la del resto del Estado en aquel fin de siglo. Subsiste un aspecto, dentro del capítulo de las lecturas de Lorenzo, que hemos dejado para postrero lugar. Aunque el profesor y abogado no se contaba entre las filas de los materialistas hispano, poseía un acabado perfil de la producción habida en tal sentido en la Europa de 1860. Por ejemplo, conoce y lee a Luis Büchner (1824-1899) y Carlos Vogt (1817-1898), dos eminentes filósofos alemanes que gozaron de un enorme predicamento entre la docencia universitaria y secundaria<sup>34</sup>. En los *Estudios* (1876), hay citación de ambos, pero, sobre todo, de Vogt y sus *Lecciones sobre el hombre, su lugar en la creación y en la Tierra* (ed. francesa debida a J. J. Moulinié, París, 1865). Últimamente, esta cartilla de lecturas precave contra el prejuicio sectarista en el fondo exegético de Rafael Lorenzo y García, no obstante confiar en unos supuestos muy evidentes en la redacción de sus volúmenes.

## 6. Tercer error de Darwin: la lucha por la vida

La *guerra de la vida*, justamente apreciada como una de las claves del universo darwiniano, es inadmisibile para el pensamiento natural del grancanario. En concreto, se subsume en los interiores de la crítica realizada a la tesis selectiva de las especies, pero con total diafanidad sentencia:

Mediante las fuerzas naturales se descubre lo que es perjudicial y dañoso; pero *mejorar* no es *transformar*, no es alterar los tipos específicos, haciendo que aparezcan otros muy distintos.<sup>35</sup>

Es decir, la lucha por la existencia, aun aceptándose, jamás debe concluir en una confirmación de los postulados transformistas. El ideal de mejora (o perfeccionamiento natural) en las especies no guarda relación de sinonimia con el cambio evolutivo hacia nuevos seres vivos. No añade mayor comentario crítico puesto que este apartado presupone el último eslabón en la cadena de argumentos sobre la selección de las especies. Huelga decir que el inicial platonismo de las Esencias del mundo natural obliga a inferir que los individuos adquirirán mayor perfección relativa

---

<sup>34</sup> A este respecto, es muy significativo lo que escribe López-Ocón Cabrera, Leoncio en su *Breve historia de la ciencia española* (Madrid, Alianza Ed., 2003, pág. 291): “Büchner, cuyo libro *Fuerza y materia* se convirtió en el catecismo de los materialistas durante el Sexenio”.

<sup>35</sup> *Estudios* (1876), pág. 32.

cuanto más se aproximen al pensamiento de Dios o, en su vocabulario, a “la exhibición de las ideas”<sup>36</sup>.

## 7. La misología anticientífica de los clericales

Uno de los rasgos que atrajo la atención, en un primer momento, de la investigación historiográfica sobre la polémica darwinista en Canarias fue la variedad de las posiciones de los individuos inmersos en ella. Dentro de este atractivo, supone un plus añadido de curiosidad científica el anticlericalismo a machamartillo de determinados protagonistas críticos. El caso de Rafael Lorenzo y García resulta prototípico de un pensamiento decididamente entregado a la modernidad, en cuanto concepción fundamental de la libertad de expresión, aunque fuera poco receptivo a la inquietante propuesta de los transformistas. Su encuentro con los clericales impresiona, entre otras cosas, por la determinación del ensayista, que no baja en ningún instante la guardia en defensa de lo que cree justo y progresista.

Conocida es la motivación del intercambio dialéctico entre Lorenzo y la redacción de *El Gólgota*, órgano de reflexión y comunicación de las fuerzas más reaccionarias de la sociedad de aquellos días. En específico, los plumíferos de la hoja volandera proclaman, a los cuatro vientos, que la Ciencia jamás llegará a suplantarse el mensaje revelado en las Sagradas Escrituras. Incluso, repentinamente invectivas sobre las supuestas novedades aportadas por el discurso científico, para el que se reservan acerados comentarios, no siempre pertinentes en fondo y forma.

En los *Estudios*, tanto de 1876 como de 1877, la inquebrantable fe de Lorenzo en la Ciencia se distribuye por todo el texto, casi se palpa en cada una de sus páginas. Pero, más en concreto, comienza por elaborar, con sumo cuidado eso sí, una respuesta a la acerba crítica de los autores de *El Gólgota*. Evita, lo que le honra por otra parte, tildar a éstos de tragasantos o expresiones semejantes y emprende un camino alternativo. Su línea argumentativa toma por centro la absurda animadversión a lo científico, al fenómeno de la búsqueda de la verdad última de los hechos por procedimientos objetivos y contrastados. Y, finalmente, modula la crítica en una tensión creciente: desde la arbitraria indignidad de la ciencia moderna (Darwinismo) y el anti-espiritualismo transformista hasta el antropomorfismo abrazado por los clericales.

La diatriba contra los teólogos corre en paralelo al examen de las tesis de profundidad de los transformistas contemporáneos y, en ocasiones, se funden en un raciocinio no carente de cierta elegancia, como el presente:

---

<sup>36</sup> *Estudios* (1876), pág. 19.

Mas de que falten datos para afirmar que las especies son variables no puede sacarse por consecuencia que esa teoría *sea absurda, y que rebaje la dignidad del hombre y la grandeza de Dios*, como algunos teólogos suponen.<sup>37</sup>

Aparte de la elocuencia literaria, Lorenzo está tocado por la mejor de las inspiraciones. Le resulta incomprendible que alguien pueda emplear, para allegar críticas severas al discurso de los sabios de la ciencia, un lenguaje imbuido de rígidos conceptos que actúan como prejuicios intolerables. Uno de ellos es, cómo no, el desencuentro entre los científicos y la fuerza espiritual, sobre lo que llega a escribir: “Y en efecto, no puede considerarse el Darwinismo como anti-espiritualista”<sup>38</sup>. Creciendo en tensión polemista, los Estudios (1876) abordan el gran problema del *dictum* sagrado y lo revelado por la moderna ciencia en relación a la prevalencia de una visión u otra acerca del origen del Mundo y el Hombre. En unas breves líneas, plenas de razón, desmonta el ingenuismo teológico de ciertos autores:

Cuando en el mencionado versículo se dice: ‘Formó pues el Señor al hombre del barro de la Tierra, é inspiró en su rostro soplo de vida’, debe entenderse que el cuerpo del hombre salió de una sustancia existente en la tierra y sujeta á la luz del desarrollo. La verdadera ciencia debe elevarse hasta Dios, evitando todo *antropomorfismo*.<sup>39</sup>

En verdad, si por un instante olvidáramos la autoría y la época, adjudicaríamos a la cita anterior una contemporaneidad rabiosa. Por otro lado, tal argumento representa la postura, mayoritariamente aceptada, del cristianismo moderno con respecto a la ciencia biológica. Y, en un tercer apartado, aunque flota entre las palabras de Lorenzo, está la pertenencia del ensayista al grupo de los creyentes convencidos, lo que despeja cualquier duda en relación a las intenciones abrigadas por el grancanario. Sin embargo, esto no obsta para que certifique una *misología* histórica de los clericales hacia la Ciencia:

Y siendo progresivos los conocimientos científicos, al paso que la *fe* de las religiones positivas permanece estacionaria, necesariamente ha tenido que ceder la misma *fe* á la progresiva marcha de los adelantos de la *ciencia*... á pesar de la persecución que ha sufrido la *ciencia*, en diversas épocas, por lo que se llama *fe religiosa*, al fin ha obtenido aquella la victoria en días faustos para la humanidad.<sup>40</sup>

Incluso no duda en traer a colación los ejemplos, no menos históricos, de Galileo, Kepler o Giordano Bruno como actores de una trama de conquista de la

<sup>37</sup> Estudios (1876), pp. 7-8.

<sup>38</sup> Estudios (1876), pp. 8-9.

<sup>39</sup> Estudios (1876), pp. 28-29.

<sup>40</sup> Estudios (1877), pp. 14-15.

libertad de expresión y búsqueda de la verdad. Al parecer, Lorenzo hace una perfecta separación entre lo que es el vocabulario de la Epifanía y la terminología científica, y devuelve a cada una el área de competencia propio. Ni más pero tampoco menos.

(...) las Santas Escrituras... no pueden ser consideradas de modo alguno como obras científicas ni en el fondo ni en la forma.<sup>41</sup>

## 8. Su objetivo: el generacionismo de las especies

No va a ser crítica todo lo vertido en el dédalo explicativo provento de los *Estudios*. Rafael Lorenzo halla tiempo y acomodo, entre tanta diatriba o contrargumentación, para documentar una hipótesis muy cercana al que hoy consideramos concepto creacionista, aunque en absoluto es así para él. Su posicionamiento recibe el nombre de *generacionismo* y se encuentra en oposición al *creacionismo* y a la *preexistencia de las almas* (que aclara que no es sinónimo de la platónica *metempsícosis*). En este punto, haremos claridad sobre el campo semántico de estos términos, más filosófico-teológicos que biológicos, amén de concretar la visión antropológica del autor.

En sucesivas oportunidades, al menos en los *Estudios* de 1877, afronta la definición del concepto de *generacionismo*. Quizá, por la brevedad y también por las implicaciones a que pudiera dar lugar, sea el que se reproduce a continuación el que mejor sirva para principiar un análisis en profundidad:

(...) se establece, que el principio anímico se transmite por la generación, de un modo análogo á lo que sucede en el organismo corpóreo: afirmase... que el principio anímico fue creado por Dios una vez, lo mismo que los elementos corpóreos, y que por *generación* se comunica y trasmite á los nuevos seres vivientes.<sup>42</sup>

Lo cual significa que la Vida fue decretada en un único y generoso momento celestial. No obstante, importa destacar varios aspectos concatenados en la anterior relación. En primera instancia, Lorenzo obvia la dicotomía dualista, siempre al acecho en las perspectivas naturalistas sobre la cuestión, poniendo énfasis en la activa participación divina en la generación vital. No existe, por ende, contradicción entre el fermento biológico y la naturaleza anímica. A esta concepción metafísica, se une una segunda realidad igualmente presente en el texto: la completa seguridad de la transmisión de la Vida, garantizada por la “ley del desarrollo” de las especies.

<sup>41</sup> *Estudios* (1876), pág. 5.

<sup>42</sup> *Estudios* (1877), pág. 105.



Quiere decirse que Dios fue el Primer Motor de la generación, mas luego deja que los seres alcancen metas superiores (o degeneren) en su periplo vital. O, en sus propias palabras:

Pues bien: al presente vemos que cada especie tiene su germen peculiar para perpetuarse por la generación; y esto mismo debemos inferir respecto de la generación primitiva, de la aparición de los seres vivientes sobre la Tierra: cada especie hubo de tener su germen propio y exclusivo, para seguir después la ley del desarrollo. Los efectos están en razón de las causas: á diversas especies debemos atribuir la existencia de distintos gérmenes de donde ellas provinieran; de otra manera habríamos de caer en el inconveniente del *transformismo*, teoría que hemos refutado en nuestro anterior opúsculo [de 1876].<sup>43</sup>

Con plena naturalidad se admite que Dios dio forma a un *germen* específico y original de cada de ser vivo. Sin embargo, en el intento de salvar la compenetración alma-cuerpo (al menos para el Hombre), cae de lleno en la oscura laguna de la improvisación filosófica en asuntos tan delicados de allanar como los naturales o biológicos. Siendo claros, este es el punto en que Lorenzo se desliza por la pendiente del *horror vacui* y falta desgarradoramente a los criterios que había dejado sentados en los prolegómenos de ambos opúsculos. ¿Qué es con exactitud *germen*? La respuesta a este interrogante no se hallará con facilidad en los *Estudios*, por cuanto el ensayista es incapaz de ofrecer un argumento sólido. Todo lo más vagas referencias:

El germen humano deberá contener la esencia de la especie humana, y aunque ese germen hubo de pasar por diversos estados, éstos no son especies, sino diversas manifestaciones de un mismo ser, el hombre.<sup>44</sup>

El hombre ha podido llegar á lo que es y ha sido desde hace cinco mil años por medio del desarrollo de su germen respectivo. ¿A qué suponer transformaciones que no atestigua la experiencia? Cuando los resultados aparentes y visibles se pueden explicar por el natural desenvolvimiento de los gérmenes que hubieron de existir en la masa del globo terráqueo, desde sus estados primitivos, en fuerza de las leyes á que Dios sujetó el Universo, no hay para que hacer suposiciones que los datos geológicos y paleontológicos no pueden comprobar.<sup>45</sup>

Al parecer el vocablo *germen* alude a un cierta forma individual, una cualidad específica del ser viviente, que le confiere unicidad en la creación y multiplicidad en el desarrollo proyectivo. En este sentido, Lorenzo aproxima su perspectiva filo-

---

<sup>43</sup> *Estudios* (1877), pág. 96.

<sup>44</sup> *Estudios* (1877), pág. 100.

<sup>45</sup> *Estudios* (1876), pág. 6.

sófica a la *Lebenphilosophie* alemana, con Oken a la cabeza —al que cita expresamente en los *Estudios* de 1876—, y a su peculiar organicismo biológico. Pero, en lo científico, la concepción de *germen* es vagorosa, imprecisa hasta la incertidumbre. Un naturalista de campo, como de hecho lo fue Darwin, jamás aceptaría semejante componenda pseudometafísica. Tal vez, en sentido contrario, los sabios de gabinete, como George Cuvier u otros, estarían dispuestos a transigir con el vocablo, pero a sabiendas de que su correlación con los hechos objetivos de la investigación empírica sería más que dudosa.

Esto es lo que da de sí la introducción de materiales ajenos a la ciencia en los terrenos que le son propios<sup>46</sup>. Prosiguiendo con el resto de conceptos (creacionismo y preexistencia de almas), abrimos la espita a una nueva corriente de pensamiento metafísico o religioso, según guste. Pronto se comprende esta realidad textual, sobre todo al derivar la pluma de Lorenzo hacia unos confines próximos a la teología. Desaconseja la asimilación providencialista de las facultades biológicas y, conforme a ello, rehuye de las tesis creacionistas de plano, que presenta de un modo muy particular a nuestra ideología actual:

Supone que el principio anímico propio del hombre no fue creado de una vez por Dios, para que se transmitiese por la procreación, sino que se halla la Divinidad siempre atenta para crear nuevas almas, según los actos de unión entre individuos de sexos diferentes.<sup>47</sup>

La diana intelectual de la definición del *creacionismo* tiene por centro la obra de Agassiz, autor acerbamente contrario a los postulados transformistas, que, para él, se identificaban con una visión errónea de la Naturaleza y el Hombre. La hipótesis de este singular zoólogo fue muy discutida en su tiempo y Lorenzo, en su consecuencia, se hace eco de la polémica suscitada. Muy cerca de la conclusión final de los *Estudios* (1876), se permite el grancanario lanzar una saeta crítica al pretendido afán moralista de Agassiz de comprometer una psicología universal, incluyendo a los animales: “pues, si bien vemos en los animales unos individuos inteligentes en grado inferior al hombre, estamos muy lejos de concederles el carácter de *personalidad*”<sup>48</sup>. En fin, el *creacionismo* para Rafael Lorenzo pertenece de suyo a una concepción muy superada de la vida natural y sus realidades primarias. Al punto que desiste de enfrentar la idea de Creación con la terminología transformista, puesto que determina no ya sólo la distinta focalidad conceptual de ambos campos de teoría sino también el discurso temporal que los acoge. La tesis creacionis-

<sup>46</sup> Por otra parte, suena curiosa la sentencia de Lorenzo: “vamos á probar que la única [hipótesis] admisible en el terreno científico, por contar con algunos datos experimentales, es la del *generacionismo*.” (*Estudios*, 1877, pág. 106).

<sup>47</sup> *Estudios* (1877), pág. 106.

<sup>48</sup> *Estudios* (1876), pp. 49-50.

ta, en su perfil argumentativo, encuentra difícil molde en la modernidad experimental de la ciencia y, en concreto, en la biología:

Y, por el contrario, el *creacionismo* habrá de ir cediendo terreno en la marcha científica, porque carece enteramente de pruebas, y se halla en abierta oposición con las reiteradas observaciones sobre los fenómenos generativos... El *creacionismo* se halla fuera de la *ciencia*.<sup>49</sup>

Ciertamente, es una postura de complicado embroque la de Lorenzo, pero eso no significa que deje de explicarse con relativa sencillez. Porque celebra la experiencia científica ganada, no obstante desaprobar las supuestas bondades del darwinismo. Como es natural, añade nueva versión crítica de la teoría preexistencialista, una antigualla de otros tiempos, menos solícitos con el avance de la Ciencia y más dados a la libertad imaginativa.

Muestran los *Estudios filosóficos sobre el origen y formación de los seres vivientes* (1877) una transparente interpretación del fenómeno del preexistencialismo. Ahora bien, inquiera del lector una concentrada atención, puesto que puede semejar que tal convicción teórica estaba en retroceso en las décadas de los 70 y 80 del período decimonónico, habida cuenta el auge positivista<sup>50</sup>. Sin embargo, esta composición histórica e ideológica no es acertada en absoluto: durante aquellas fechas no solamente luchaba por abrirse camino y leyenda las obras de los transformistas, sino que hubo también un dinamismo alternativo de corte espiritualista que intentaba no ceder terreno y, en un modo especial, en las fronteras galas y aun más al norte, en los países centroeuropeos<sup>51</sup>. Como ávido degustador de las lecturas recientes a su alcance, encuentra un motivo para someter a juicio la generalidad de sus propuestas acerca del mundo natural. El resultado es demoledor:

El grande inconveniente consiste en la falta de razones y argumentos: es suponer que andan vagando almas en el espacio, en la expectativa de ir á animar los cuerpos, y esta es una hipótesis que carece enteramente de datos. Partir desde luego de una gratuita suposición es una circunstancia que arguye contra el sistema.<sup>52</sup>

La asistematicidad y carencia de soporte empírico anulan, por lo tanto, la índole de las variadas reflexiones que abraza el preexistencialismo. Siendo más estrictos, la teoría sufre de unos males que a la ciencia moderna le parecen intolerables,

<sup>49</sup> *Estudios* (1877), pp. 109-110.

<sup>50</sup> Cfr. Núñez, Diego (1975) *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid, Ed. Túcar.

<sup>51</sup> También existió un reflejo en España, especialmente en Cataluña. Cfr. GUY, Alan (1985) *Historia de la Filosofía Española*. Barcelona, Ed. Anthropos, pp. 241-244, 321-330.

<sup>52</sup> *Estudios* (1877), pág. 114.

indignos siquiera de ser tenidos en cuenta. Entonces, en apretado resumen de la hipótesis de Lorenzo, se puede provocar una combinación legítima de lo dicho en ambos *Estudios* (1876 y 1877), al objeto de rematar las ideas de su pensamiento original: a una parte, la división de la realidad y, en la restante, la concepción del germen de la vida. En cuanto a lo primero, resalta la claridad del próximo párrafo:

Hay dos órdenes de seres, uno que pertenece al *mundo físico*, y otro que corresponde al *mundo espiritual* o que no puede atribuirse á la materia. El conocimiento humano no da otra cosa.<sup>53</sup>

Este platonismo, ponderado y matizado, encuentra su correspondencia en la distribución de la Vida en el globo terráqueo, que asoma de la siguiente manera:

Esta generación espiritual de las almas al lado de la generación *física* de los cuerpos, es lo que se llama *generacionismo*.<sup>54</sup>

Confírmase así que Rafael Lorenzo y García contiene una filosofía natural propia con principio en un sincretismo metafísico-religioso y científico. Sin embargo, y en sentido contrario a su criterio, creemos que en justicia la breve sistemática que prueba el autor merecería mejor denominación –desde luego no “generacionismo”–, quizá otra con alusión expresa a la obsesión por el vector germinal de su teoría. Con modestia, hacemos fuerza para que pudiera nominarse *germinismo vital* o *biológico*<sup>55</sup>.

## Conclusión

Lo visto hasta aquí, con ser bastante aclaratorio de las coordenadas en que se movía el pensar del ensayista grancanario, no comprende la total extensión de la ideología profunda del autor. Falta explicar las grandes líneas de la tensión intelectual que inspiran sus ambiciones interpretativas y, de un modo especial, los contrastes soterrados que dirigen la inteligencia del individuo. Sin embargo, en lo tocante a su particular expresión del transformismo, ha quedado claramente expuesta la opinión contraria al fenómeno sociocientífico denominado “darwinismo”.

<sup>53</sup> *Estudios* (1877), pág. 117.

<sup>54</sup> *Estudios* (1876), pág. 11.

<sup>55</sup> El propio Lorenzo nos anima a defender esta convicción. Por ejemplo, el siguiente párrafo de los *Estudios* (1877), en la pág. 87: “(...) Los seres vivientes provienen de gérmenes que se forman en otros de su misma especie, y que esta ley de generación, que es clara y patente en las especies superiores, en los animales y vegetales de mayores dimensiones, es también común á los insectos, á los gusanos intestinales y á los infusorios, lo mismo que á los musgos y á los hongos”.

Claro es que en sí él jamás se opondría al avance de la Ciencia –o al *triumfo de la ciencia*, como gusta decir–, pero otra cosa es lo que se pueda entender por la especificación de los seres. Maravilla que un lego en cuestiones naturales, como sinceramente lo ha de reconocer, enfrente problemas de enorme complejidad y de muy diverso enfoque, saliendo, no obstante, airoso de la contienda. La propuesta de Lorenzo, por ambiciosa y seria, merece una atención esmerada. Por lo pronto, con el presente se ha tratado de exponer y dignificar el cometido de la obra escrita en referencia a las tesis antidarwinistas.

La posición intelectual de Rafael Lorenzo y García estuvo muy comprometida con su época. Es más, los *Estudios* (1876 y 1877) magnifican el esfuerzo del hombre por mantenerse fiel a los criterios de toda una vida. La polémica darwinista en Canarias, de la que se deriva realmente la ensayística parcial de aquél, resulta esclarecedora del ambiente y las personalidades del reducido grupo de pensadores de la élite social isleña.

En términos específicos, el trabajo modestamente ha mostrado que el autor poseía un plan de obra antes de iniciar su turno de palabra en el debate polemista. En este sentido, los conceptos de base son palmarios, puesto que engloban al completo un pensamiento individual. Así, el antitransformismo resulta menos aleatorio y los postulados que lo fortifican se abastecen de un caudal anterior, no improvisado en absoluto. Los “errores de Darwin” maravillan, no tanto por la errónea concepción, a estas alturas evidente, sino por la sólida argumentación que denotan. Pasa de la vaciedad lógica del procedimiento empírico del darwinismo clásico, o lo que entiendo por el sesgo inductivo practicado, hasta la *lucha por la vida*, deteniéndose en el principal de los fallos transformistas: la selección de las especies. Con ejemplos sencillos intenta probar la nulidad de sus existencia, y en ello consume buena parte de las páginas de los *Estudios filosóficos*, tanto los de 1876 como del año siguiente.

Por lo que respecta a la agria crítica contra los clericales no era tampoco una postura de improviso. Se había ganado justa fama de *anticlerical* a lo largo de su vida como para que, en aquellos instantes, alguien pudiese tildarle de acomodaticio con las circunstancias. Precisamente, las crónicas de la polémica darwinista canaria describen el tremendo asedio que hubieron de sufrir los escritores contrarios a los designios de la Iglesia en la trama de las especies naturales. Incluso, en el caso de Lorenzo, la filípica fue mucho peor, ya que su ideario estaría por favorecer a los indecisos e indicar un sendero a los creyentes que, como él, tenían una fe razonada. Es decir, el anticlericalismo de Lorenzo no fue un juego fatuo, sino la antorcha de un hombre entregado a la búsqueda de la verdad.

Y, en lo final, el *generacionismo* de las especies (o “germinismo vital”) del grancanario sería el principal objetivo positivo de las obras analizadas. De un término vago, como el de *germen*, concluye una teoría dualista, próxima a la platóni-

ca, pero que subsume el desarrollo evolutivo (no-selectivo) de las especies únicas. Hay una generación espiritual, a la par que física, que se armoniza en los individuos concretos. En lo básico, este es el programa filosófico y natural de Lorenzo.